

Volumen XVI.—Julio 1.º de 1921.—Número 156.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXI

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1921

JESUCRISTO REY

ORACION DE MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA
EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ

Vengo, cristianos, a deciros las alabanzas de nuestro Rey: no de ningún monarca temporal y terreno, porque somos hijos de los que suprimieron en Colombia la realeza; sino del Rey eterno y celeste, a quien mi madre me enseñó a llamar «Nuestro Amo,» por ser el único ante quien doblo las rodillas en testimonio de adoración.

Jesucristo es Rey, por naturaleza, por herencia y por conquista.

Es Dios el dueño supremo, el soberano dominador del universo, porque siempre lo conoció en los arquetipos de su divino entendimiento; se determinó libremente a crearlo, de preferencia a otros innumerables mundos posibles; en el principio lo hizo brotar, con sólo una palabra, de los tenebrosos abismos de la nada; consérvalo con acción positiva y constante; le impuso invariables leyes sapientísimas, e imprime el primer movimiento a todo sér, desde los astros que giran en órbitas inmensas, hasta el átomo de polvo que voltea en un rayo de sol; desde los serafines, inteligencias puras y puras voluntades, hasta el vegetal rudimentario que escapa, por su pequeñez, a la simple vista del hombre.

CONTENIDO

- Jesucristo Rey. Oración de Monseñor Rafael María Carrasquilla en la catedral de Bogotá. Armonías de la naturaleza... FRANCISCO M. RENJIFO.
- Prehistoria geológica de Colombia. (Conclusión)... JUAN C. GARCIA, Presbítero.
- Centenario de la batalla de Carabobo... T. MOROS BELLO.
- Antonio Corpas... DANIEL ORTEGA RICAURTE.
- Manuel María... AUGUSTO MARTINEZ.
- Al margen de un proyecto de ley, en especial sobre un capítulo... ANTONIO ROCHA.
- Por Venezuela... IGNACIO CARRASQUILLA.
- Programa para la enseñanza del latín... J. M. RESTREPO-MILLAN.
- La soberbia... P. LUCIO LAPALMA, S. J.

Y del hombre también es soberano. Lo modeló del fango de la tierra con sus propias manos, y a cada uno de nosotros nos infundió el alma con el soplo del Espíritu Santo. Encendió en nuestra mente la razón, que es participación de la divina lumbre, y dejó la voluntad humana dotada de la facultad de elección. Tal es la mayor gloria del Creador: menos es imperar sobre criaturas que obedecen por necesidad; cosa grande es dominar a quienes libremente se inclinan.

Es igualmente monarca de todas las naciones, constituidas en virtud de una ley natural impuesta por El mismo. Es El quien exalta los imperios; El quien los atierra y desmenuza. Sobre todos domina, haciendo de los que le atacan monumentos de la justicia que premia; de los que le rechazan, testimonios perennes de la justicia que castiga.

Dios, esencialmente fecundo, es Padre, y engendra, en la eternidad, un Hijo, su Verbo, su Palabra personal, omnipotente. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por El han sido hechas todas las cosas, y sin El no ha sido creada cosa alguna de todas las que existen» (1). Como el Hijo, aunque distinto del Padre, es con El un solo Dios, un solo Omnipotente, también es rey del universo; pero no son dos reyes, sino uno, no dos señores, sino un único señor.

«El Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros» (2). Hecho hombre, se llama Jesucristo, «que fue ayer, es hoy y en toda la serie de los siglos» (3). Se vistió de la naturaleza humana, sin perder la divina, y entrambas subsisten en una sola persona, la segunda de la Trinidad inefable. Rey, por su esencia divina,

(1) Evangelio de San Juan.

(2) Ibid.

(3) San Pablo a los Hebreos.

fue instituido, en cuanto hombre, heredero del imperio universal. «Pídemelo, le dice el eterno Padre a su Hijo, pídemelo y te daré las gentes por herencia y, para que los poseas, los confines de la tierra. Los regirás con vara de hierro y los quebrantarás como a vasija de alfarero» (1). Que es lo mismo de San Pablo: «Lo constituyó heredero de todas las cosas» (2), y lo mismo del Salvador resucitado: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (3).

Lo que tiene por naturaleza y por herencia, lo hubo también Cristo por conquista, tras rudo batallar, en que hizo valentía con su brazo y abatió los ejércitos enemigos. Fundó el reino de la verdad con enseñanzas; el reino de la santidad, con ejemplos; el reino de la vida, con su muerte. Venció al mundo con la humildad, la pobreza, la obediencia; triunfó de los insolentes apetitos carnales—no suyos, sino de los demás hombres—con los azotes, los clavos y la cruz; y al demonio, «príncipe de este mundo, lo arrojó fuera» (4), ignominiosamente.

Como rey fue anunciado el Mesías por los profetas, esperado de los patriarcas, deseado de las naciones todas por dilatados siglos. El ángel le anunció a la Virgen María que al hijo que naciera de ella le daría Dios el trono de David su padre y que su reino no tendría fin (5). Natanael, aquel verdadero israelita en quien nunca hubo dolo, exclamó al conocer a Jesús: «Maestro, eres el Hijo de Dios, eres el Rey de Israel» (6). Antes, los magos de oriente habían venido a Judea, preguntando

(1) Salmo II.

(2) San Pablo a los Hebreos.

(3) Evangelio de San Mateo.

(4) Evangelio de San Juan.

(5) Evangelio de San Lucas.

(6) Evangelio de San Juan.

por el Rey de los judíos y, cuando hallaron al Niño Dios, en brazos de María, prosternados en tierra lo adoraron y ofrecieronle, no sólo incienso y mirra, sino también oro, como a rey. Hijo de David! aclamaban al Salvador las turbas, entusiasmadas; Hijo de David! lo imploraban los enfermos y afligidos; hijo de David, que era decir dueño del cetro y la corona de Judá. El domingo antes de la pasión, las multitudes lo recibieron en triunfo a las puertas de Jerusalén, clamando: «Hosana al Hijo de David! Hosana en las alturas!» (1).

Maniatado el Redentor delante de Pilato, el representante del César le pregunta: «Acaso tú eres rey?» Jesús responde: «Tú lo has dicho: soy rey; para eso nací y para eso vine al mundo.» Cuando el presidente romano, prototipo de cobardes vencidos por humanos respetos, entrega al inocente para que lo crucifiquen, hace poner en lo alto del patíbulo esta leyenda: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.» Reclaman los fariseos y los pontífices: «No escribas Rey de los Judíos, sino que El dijo: Soy Rey de los Judíos.» Pilato los despide con esta frase de soberbio desdén que contrasta con las anteriores condescendencias: «Lo escrito, escrito está» (2). Y, con caracteres indelebles quedó escrito el título de la realeza de Jesucristo no sólo en la cruz, sino en la conciencia del género humano, sin distinción de amigos y adversarios. A un hombre que pasó por la tierra hace veinte siglos no se le puede odiar, sino porque está vivo; no se le puede hacer guerra, sino porque reina sobre todo el universo. El Señor salió resucitado del sepulcro, ascendió al cielo, se sienta a la diestra del Padre, vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

(1) Evangelio de San Juan.

(2) Evangelio de San Juan.

Propagó Cristo su reino por medio de los apóstoles y de los sucesores de estos últimos, con tal universalidad y presteza que ya Tertuliano apostrofaba así a los gentiles: «Somos de ayer, y ya llenamos el imperio: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras asambleas, vuestros comicios; campos, tribus, decurias; el palacio, el senado, el foro; no os hemos dejado sino los templos de los ídolos» (1). El reino de Cristo venció al paganismo, civilizó a los bárbaros, fundó las nacionalidades modernas; y cuando el protestantismo le arrebató el norte de Europa, la Iglesia se apoderó del mundo de Colón, donde posee actualmente más de cuarenta millones de hijos y de súbditos.

A diferencia de los imperios terrenales, que se fundan y se sostienen por la fuerza, el reino de Cristo se cimienta y perdura en el amor. El Verbo de Dios ama a los hombres con una caridad incomparable, infinita, que llega hasta la locura—la frase no es mía, sino de San Pablo: la locura de la encarnación, la locura de la eucaristía, la locura de la cruz. Los discípulos fieles del Salvador le corresponden con la mayor dilección que cabe en la criatura racional, y que alcanza también a la locura de la virginidad, a la de la pobreza voluntaria, de la penitencia y del martirio. Y aquellos dos amores, según concepto de Santa Teresa, se mezclan y confunden en el corazón de Cristo, como las llamas de dos incendios vecinos; como las aguas del río con las del mar, cuando en él desembocan; como en un aposento, a medio día, las luces de contrapuestas ventanas (2). El Sagrado Corazón de Jesús es la obra maestra de la omnipotencia, la sabiduría y la bondad.

(1) Apologético.

(2) Las Moradas.

divinas. Formado de la sangre de María por el Espíritu Santo, está unido hipostáticamente al Verbo, y es por consiguiente, no en sentido figurado sino literal, el Corazón de Dios. Fue ese Corazón el que se compadeció de los innúmeros enfermos y los sanó a todos; el que se enterneció en presencia de la viuda y le resucitó al hijo a quien llevaban a sepultar; el que tuvo lástima de las multitudes que lo habían seguido al desierto y multiplicó para ellas los panes y los peces. Fue el Corazón de Cristo el que perdonó a Magdalena, defendió a la adúltera, trocó al publicano en hijo de Abraham, convirtió a la Samaritana y le regaló el paraíso al ladrón arrepentido. Fue el Corazón de mi Maestro el que vertió lágrimas por la futura suerte de Jerusalén y lloró y sollozó ante el sepulcro de Lázaro, su amigo; el que sintió en el huerto tedio, pavor y tristeza, puso a su dueño en agonía y lo hizo sudar sangre. Abierto en la cruz por la lanza del soldado, abierto permanece en el cielo, para servirnos de alivio y refugio en todos los dolores, todas las amarguras, todos los peligros.

Al divino Corazón se ha consagrado repetidas veces cada uno de nosotros; se le han entregado las parroquias y las diócesis; las familias lo han entronizado en los hogares; la nación colombiana le ha tributado oficialmente esplendorosos homenajes. Testigos, aquel suntuoso altar de esta basílica y la iglesia del Voto Nacional, erigida en la plaza regada con la sangre de los fundadores de la patria.

Mas, oh dolor! oh vergüenza indecible! En ésta y en otra ciudad de la República, poco há, el Corazón divino de Jesús ha sido vilipendiado por turbas mal aconsejadas, enloquecidas por insanas pasiones. Nuestro dignísimo Arzobispo ha dispuesto las augustas solemnidades de estos días como práctica de reparación

y desagravio. ¿Querrá Dios, por el pecado de unos pocos, algunos de ellos más ignorantes que culpados, abandonar a Colombia, que ha proclamado a la faz del universo la soberanía social de Jesucristo, y cuenta muchos millares de almas buenas, agrupadas al pie de los altares para implorar misericordia y dispuestas a dar, si necesario fuera, la sangre y la vida por la gloria del Padre celestial?

¡Oh Jesús mi maestro, único amor de mi alma! En nombre de todos los fieles, mis hermanos, te digo, como Natanaél: Tú eres nuestro Rey; como San Pedro: Eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo; como Santo Tomás: Señor mío y Dios mío, *Parce, Domine, parce populo tuo*. Perdóna a tu pueblo, para que tus enemigos no pregunten: ¿Dónde está el Dios de Colombia? Y sobre los mismos que osaron blasfemar de tu Corazón, no consientas en que caiga el rayo de la justicia; antes bien, como en el Calvario, ábre los brazos, álza los ojos al cielo y ruéga al Padre: «Perdónalos, porque no saben, lo que hacen!»

4 de junio de 1921.

ARMONIAS DE LA NATURALEZA

En el breve punto que ocupa el hombre en el universo hállase circundado de cosas y agentes que obran sobre él a la continua: el aire, el agua, los tres reinos naturales despliegan constantemente ante sus ojos todo un cúmulo de espectáculos a cual más portentosos e interesantes. Pero, ocupados, en su generalidad, los hombres en los afanes cotidianos de la vida y acostumbrados por el hábito a no impresionarse con tales fenómenos, suele pasarles inadvertido todo lo que éstos tienen de instructivo, de bello y de provechoso. Muy con-